

que por tradición de nuestros mayores teníamos y que infaliblemente son estos que nos envían mensajeros convidándonos con su amistad; y así, hijos y vasallos míos [dijo el cacique Xonocatl], lo que me parece es que, sin hacer resistencia, como lo hemos hecho siempre á cuantos han querido sujetarnos, admitamos esta amistad con que nos envía á convidar esta gente forastera; para esto os he juntado en esta junta; yo os ruego me respondais lo que os parece á vosotros todos los congregados."

Habiendo estado muy atentos al razonamiento de Xonocatl, le respondieron que se conformaban con su parecer, y así luego dieron autoridad á dos principales para que, en nombre de todos, fuesen á Tepic á dar la bienvenida á los españoles y capitán que envió Cortés, y á saber á lo que iban, á su intento y lo más que dijese, lo advirtiesen para según ello tomar la última resolución.

Tzinaloa Después de ganado México, sucedió que andando un religioso de la provincia de Xalisco, llamado Fray Gaspar Rodriguez, predicando entre los bárbaros é infieles chichimecos, llegó á un pueblo distante diez leguas de la villa de Tzinaloa, donde oyó decir que había pocos días que había muerto el señor y cacique de aquel pueblo, que era gentil, y que estando para morir y todos los de aquel pueblo con él, y con gran dolor de verlos así, les dijo que de allí á pocos días iría á aquella tierra un sacerdote cristiano, que le estimasen y reverenciasen mucho y creyesen é hiciesen lo que les mandase, porque Dios lo enviaba para bien de sus almas, y que luego murió, y así lo hicieron, porque el dicho padre les predicó, convirtió y bautizó, derribó sus ídolos, edificó muchas iglesias y fué muy estimado de todos.

Una india principal en el pueblo de Culiacán, reino de la Nueva Galicia, vino á morir de enfermedad, y estuvo casi un día muerta y amortajada, y cuando la quisieron poner en las andas para llevarla á enterrar, se rebulló y desconociendo la mortaja, con admiración de los presentes dijo cómo había parecido en juicio ante Nuestro Señor Jesucristo, al cual había vis-

to muy indignado contra toda aquella provincia, y que le mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra de Dios que les predicaban los religiosos, y guardasen lo que les decían, y que ella, por la gracia y la misericordia del Señor, era salva y había de morir en breve; y así fué, que murió al cabo de dos días. A esta india confesó Fray Gaspar Rodriguez (de quien después se hará mención) y dijo que era buena cristiana, simple y sin vicio.

## CAPITULO VIII.

En que se trata de la nación cora que cae junto á Acapponeta, de sus ritos y ceremonias y del estado que hoy tiene.

Hay una nación que llaman *coras* [en el reino de la Galicia, como cincuenta leguas de la ciudad de Guadalajara] los cuales viven hasta el día de hoy en sus antiguas supersticiones, y por la fragosidad de unas sierras grandes en que viven, no se ha hecho caso de ellos ni tratado de sujetarlos; y son tan variables en la idolatría, que ninguno de sus caciques antiguos los pudo reducir á que adorasen á un solo ídolo, y la razón que les moviese á esto, escudriñándola, ha sido por una que dice un indio anciano que daban, diciendo que aquel de quien recibían bien era su dios; y así unos adoraban al sol y otros al año y á las flechas. Los que adoraban al sol decían que mediante su luz podían trabajar para comer y sustentarse, y que aquel dios no era amigo de comer y de beber sangre, como otros dioses que adoraban otros, pues se sustentaban comiéndose los hombres y bebiendo su sangre, y que su dios el sol no tenía

necesidad de comer, antes les hacía mucho bien, pues los alumbraba y calentaba, y, finalmente, dábales á entender que era dios desinteresado.

Otros tenían unas cuevas con mucha veneración, un arco y tres ó cuatro flechas, y la razón que daban y dan algunos actualmente, es decir, que mediante aquel arco y las flechas, cazando se sustentaban, y que los otros dioses no les dan de comer, antes ellos los sustentan, por cuya causa unos adoraban al sol y otros al arco y flechas, y otros á algunos ídolos de piedra, teniendo cada uno ceremonias diferentes y particulares para agradarlos y reverenciarlos.

El ídolo á quien hoy adoran los más está en una parte de la sierra que llaman del Nayarit, adonde tienen una capilla muy adornada, porque, dice el indio de quien hube esta relación, que antes que se conquistase la tierra y entrasen los españoles, había en ella mucho oro y plata, y que después acá los mismos indios de dicha sierra la han ido sacando y hurtando para vestirse, no siendo bastantes á resistir unas indias viejas que guardan y cuidan de la capilla; y dice que los que la han despojado han sido los que adoran el sol, arco y flechas, y que estos tales blasfeman contra el dios que los otros adoran, el cual es un indio muerto y enjuto, el cual fué un rey que tuvieron en su antigüedad, dentro por el cual habla el demonio; y que antiguamente había mucha devoción, y los sacrificios que se le hacían, era cada mes degollar cinco doncellas de las más hermosas, á las cuales quitaban la vida encima de una peña, delante del templo, y que luego les sacaban el corazón y las colgaban por fuera del templo ó ermita para que allí se secasen, guardándolas para la fiesta que hacían general, en la cual cocían los corazones, y moliéndolos y deshaciéndolos en la sangre de muchas doncellas y mancebos que en aquel día se sacrificaban, se los daban á beber revueltos en atole á las madres de dichas doncellas para que con ellas viviesen mucho en agradecimiento de que habían dado sus hijas para que se sacrificasen, y lo mismo hacían con los padres de las dichas doncellas. Sacrificábanse todos los días muchísimos, y duraba la fiesta

mientras duraba el vino tepachi; porque en esta tierra hay muchos mezcales, siembran mucho maíz ancho, con el cual, haciendo tamales de pinole y miel virgen, que es mucha la que cogen, bajan á la tierra caliente y rescatan mucho pescado, sal y todo el bastimento necesario en este tiempo. Dice este indio que hubo una doncella de hasta catorce años que queriéndola sus padres sacrificar, ella se resistió diciendo que no quería morir y ir á donde había tinieblas; que su corazón era amigo de la luz y que pues ella no adoraba á aquel dios, que no quería la matasen; que qué provecho sacaban todos aquellos que se ofrecían, sino era perder su vida; que ella no tenía dios ni le adoraba, y haciéndole instancias para que se sacrificase, diciéndole cómo iba á tenerle compañía á su dios á donde había muchas comidas y bebidas y que andaría muy bien vestida como las otras que se habían sacrificado (es á saber que para engañarles el demonio, se les aparecía en casa de sus padres en figura de sus hijas muy ricamente vestido al uso mexicano, y mediante este engaño se ofrecían muchas); estando, pues, con estas amonestaciones les reprendió diciéndoles que ella no le había visto, que si era así como decían, entrasen á su dios y le dijese que la enseñase siquiera una de las que habían muerto y que le hablase á ella para que lo creyese, y que si no, era mentira, que no era dios, sino un hombre muerto. Confiados, pues, dichos indios y padres de esta doncella en que le sería fácil á su dios el mostrarle alguna ó muchas doncellas, se lo entraron á pedir, el cual les respondió que por la poca fé de aquella doncella fuesen y le quitasen la vida á fuerza, que después le manifestaría lo que le pedía; y yendo á poner en ejecución lo que les mandó su ídolo, la hallaron muy contenta, diciéndoles ella antes que le hablasen su intención, y cogiéndola de fuerza para degollarla, habiéndola atado en la peña, ninguno se atrevió ni tuvo ánimo á quitarle la vida, porque quedaron tan temerosos, que no osaban hacerle mal, con que la desataron y volvieron á persuadirle se sacrificase; mas ella entonces, sin responder, se apartó de allí y se fué á donde nunca más se supo de ella, y dice un indio que en dicha ocasión cayó un rayo que mató á mu-

chos y abrazó la ermita ó templo, y dice que juzga ser también.....

.....(1)  
dese convertido (en tierra la carne por ser de masa más sólida) hasta estos siglos en los cuales se han descubierto infinidad de ellos, sin que dé lugar su profundidad á que se entienda que fueron puestos en sepulcros por manos humanas sino de la manera que tengo dicho.

En la Nueva España se han descubierto muchos huesos y sepulcros de gigantes y de ellos y de su ida á aquella tierra trata largamente el padre Torquemada en su historia, de los cuales no quiero hablar ni de muchos sepulcros que se han hallado en nuestra España y uno singular que se halló en el reino de Valencia rompiendo las entrañas de un peñasco para sacar el río Jucar, junto á Tour, que en lo más sólido y fuerte de él, toparon con todos los huesos de un hombre, excepto la cabeza; sino de los que se han hallado en el nuevo reino de la Galicia, que tratamos de su historia, que con eso y con lo dicho atrás, se echará de ver que hubo gigantes en el dicho reino, como los ha habido en otras partes del mundo.

El año de 1567, en el nuevo reino de la Galicia, ocho leguas de la ciudad de Guadalajara, abriendo una regadera, ó acéquia, fué descubierto un cuerpo, cuyos huesos llevaron á la dicha ciudad en presencia del Dr. D. Francisco Ramirez de Alarcón, oidor de Su Magestad; pesaron las muelas y pesaron á tres libras, y los dientes á más de á libra; y el año de 1579, en el mismo reino, en una junta que hacen los ríos que llaman del valle de Tlala, diez leguas de la ciudad de Guadalajara, unos indios pescadores descubrieron cantidad de dientes, muelas y artejos, que las avenidas, derrumbando la tierra, les echaron fuera del centro de ella, y teniendo noticia de esto un español llamado Diego García, fué á verlos con un clérigo su sobrino, llamado Diego de Aguiar, canónigo de la Santa Iglesia de Guadalajara, y otros españoles, y habiendo hecho ahondar algunas partes de la tierra, toparon grandísima cantidad de huesos y entre ellos

(1) Faltan trece fojas en el manuscrito original.

un cuerpo entero, cuyas canillas de la rodilla al talón tenían nueve palmos; el cuadril era grandísimo, el hueco de las canillas como de una gran canal de azotea; la cabeza del tamaño de un horno capaz de media fanega de pan; la boca tenía diez palmos, y queriéndolo sacar entero, se desconcertó y la cabeza se deshizo en partes, y las muelas y dientes parecían pedernales. Enviaron una canilla y costilla al Virrey D. Martín Henriquez, que estaba de camino para ir á gobernar el Perú. Tenía de largo el cuerpo más de treinta piés.

En el mismo reino de la Galicia, en la provincia de Guachinango, junto al pueblo de Acatitlán, se derrumbó una serranía, y entre sus pizarras se hallaron cantidad de huesos de todos tamaños, y estaban tan fuertes y transparentes, que parecían pedernales.

El año de 1619, en el mismo reino de la Galicia, en las ciénagas que llaman de Marcos García, fueron hallados huesos de grandísima corpulencia. En los pueblos de Tlamatzola, Coculam y Tecolotlán, cada día se hallan, y yo ví una choquezuela de una rodilla en Tecolotlán, que pesaba cinco ó seis libras, y estaba convertida en piedra, y servía de pedernal, con que tocándola el eslabón salía lumbre; y en la jurisdicción de Ameca, estando un español llamado Lobato, abriendo una acequia para una hacienda de minas, descubrió una calavera de hombre del tamaño de un horno de hacer marquesotes, y para que se entienda lo que dije al principio más claramente, y para prueba de que todos estos huesos y cuerpos quedaron enterrados entre peñascos y basuras desde el diluvio, quiero traer para demostración muchas personas eclesiásticas y seculares en el valle de Amascota, donde el padre Fray Luis de la Torre, de la Orden de San Agustín, halló cantidad de huesos disformísimos, que no eran de cuerpo humano, y haciendo grandísimas diligencias cuyos pudiesen ser, afirman personas de conocimiento, ser de una ballena, y esto es factible, por estar el mar diez ó doce leguas de aquel valle, por el aire, y por las serranías asperísimas que median, más de treinta por tierra, y no pudieron aquellos huesos ser llevados á aquel valle por industria humana, sino que en el dilu-

vio, como crecieron las aguas y sobrepujaron los montes quince <sup>Genesis.</sup> codos, como consta del Génesis Cap. VIII. *Reversæque sunt aquæ de terra cuntes: et redeuntes et cæperunt minui post centum quinquaginta dies.* Forzosamente harían las aguas del mar y las llovedizas un cuerpo, y los peces del mar y ríos surcarían las unas y otras aguas, y haciendo asiento, pudieron quedar en seco algunos peces de corpulencia disforme con su gravedad y peso, y quedando fuera de su centro, perecerían entre las hojarascas, basuras, putrefacciones y tierra que descollaba de los montes, quedando cubiertos, conservando la dureza de sus huesos, que llevados á algunas partes después de descubiertos, los indios del espinazo se han servido de asiento.

Hay noticias también en la Galicia, de que hubo gigantes en ella, después del diluvio, como en otras partes ha habido, que no quiero referir, porque basta para mi intento, el traer á la memoria por que en el pueblo de Tlala, como ocho leguas de la ciudad de Guadalajara, vivieron los gigantes, como contaba D. Francisco Ocelotl, indio principal, y de mucha reputación y autoridad, contando á los españoles (en tiempo de la Conquista), que siendo de edad de veinte años, cincuenta antes que los españoles entrasen en la Nueva España, aparecieron en los valles de Tlala hasta treinta hombres, que en la lengua mexicana llamaban chinametin, que quiere decir gigantes: los veintisiete eran varones y tres mujeres, y eran sus cuerpos de á treinta y cinco pies, según la medida que hizo el padre Villaseca, escultor famoso, cuando desenterraron sus cuerpos. Llegados que fueron á las poblaciones de Tlala, hicieron alto en ciénagas que hoy llaman los Cuisillos, haciendas que son de D. Celedón de Apodaca; vivían en el campo como bestias, excepto en tiempo de aguas, que tenían unas chozas para poder dormir y abrigarse acostados; eran haraganes y glotones, y con su ferocidad sujetaron los indios de aquel valle y les obligaron á que les sustentasen, y para la comida de cada uno, se amasaba una fanega de maíz, y cocían ó asaban cuatro niños de á dos años; comían pescado, ratas, venados, jabalíes, y en lugar de verdura, cogollos de enea; tenían para su servicio seis mil indios é indias; las

armas que usaban eran unos bastones, y eran de color amulado, el cabello crespo y no muy crecido, poca barba, las orejas de más de á palmo, algo caídas y vellosas; la voz espantable y horrible, que su eco resonaba un cuarto de legua; cubriense con hojas de palma; eran torpísimos en el andar, muy inclinados al pecado nefando, y con tan espantosos huéspedes, los indios fueron despoblando sus pueblos y retirándose á otras provincias, y como los gigantes se vieron solos y de suyo eran haraganes y comedores, fueron desfalleciendo y murieron los veintisiete, y los unos á los otros se enterraban y cubrían los cuerpos con cal. Habiendo vivido en aquel valle tres años, quedaron cuatro de ellos, y por no acabar de perecer se fueron al pueblo de Tlala, donde habían quedado muy pocos indios; sustentáronlos dos días, y por no tener huéspedes tan pesados y enfadosos, los encaminaron al pueblo de Ixtlán, tres leguas de donde ahora está fundada la ciudad de Guadalajara, y del pueblo de Ixtlán fueron al de Atlemaxac; pero los vecinos de él, como tenían noticia de cuán perjudiciales eran, determinaron de quitarles la vida, y para hacerlo á su salvo, juntaron más de veinte mil indios, y fueron al valle de Atlemaxac, donde los hallaron paciendo yerbas y raíces, y los mataron; y á la fama de esta victoria, acudieron infinitas gentes, y con estar los gigantes muertos, no se atrevían á acercarse á ellos. Los indios hicieron unos terraplenes altos y argamasados, y en ellos los sepultaron, dejando en medio una concavidad, por donde los que iban á la guerra metían la mano derecha y velaban una noche las armas, y con esta diligencia quedaban armados caballeros para la milicia, y fué refrán en aquellas provincias hasta el tiempo de nuestros españoles, que para atemorizar los indios é indias á sus hijuelos, les decían "quinamesin," al modo que los españoles suelen decir á los suyos cuando lloran "mira el coco."

## CAPITULO XV.

En que acabada la digresión pasada, se prosigue la historia

Tomóse ocasión para hacer la digresión pasada y tan larga narración, por causa de los gigantes del Ceboruco de Ahuacatlán, á donde dejamos al capitán Francisco Cortés de San Buenaventura y su ejército, los cuales fueron descabezando el Ceboruco abajo, y dieron la vuelta al Pueblo Viejo, donde estaba Tetitlán en una abra, y media legua antes de llegar al pueblo, les salieron mil indios de guerra y les dieron tan grande batería y con tan gran valor y ánimo, que entendieron había más gente de celada, y sería como hora de vísperas. Pelearon los indios con los españoles, como burlando y haciendo mofa de ellos, y salió el negocio tan de veras, que hirieron á diez españoles; pero al fin quedaron desbaratados los bárbaros, y en toda la jornada que habían andado, nunca había salido herido hombre del ejército, sino fué en aquel paraje, por ser los indios valientes y esforzados flecheros, de tal suerte, que un indio tiró un flechazo á un español que iba en una yegua, y le dió encima del muslo y pasó el sayo de armas, y el muslo y las ropas de la silla y tejuelas y bastos, y metió un palmo de flechas por los lomos, hacia los riñones, de que quedaron admirados todos; y habiendo ya vencido á los enemigos, hallaron un soldado llamado Villacindo, vizcaino de nación, con una terrible calentura. . . . . (1)

.....  
 á todos los nobles y señores que le estaban sujetos, y les hizo una plática en que les dijo los pronósticos que tenían de muchos tiempos atrás, de que habían de venir otras gentes de la parte del oriente á sojuzgarles y vivir en sus tierras, y que acaso eran aquellos, por lo cual era de parecer que sin hacerles resisten-

(1) Aquí se advierte un claro de cuatro fojas.

cia, como lo habían hecho siempre á cuantos habían querido sujetarlos, admitiesen la amistad con que les convidaban, y que le dijesen lo que más les pareciese convenir, y habiendo estado todos atentos á sus razonamientos, dijeron que se conformaban con su parecer, y luego nombraron á los principales para que en nombre de todos fuesen á dar la bienvenida al capitán español y á los suyos, y á saber á que habían venido y su intento, y lo más que pudiesen advertir para tomar la última resolución.

Llegaron los embajadores á Tepic, y dijeron al capitán Francisco Cortés á lo que eran enviados por su cacique Xonacatl Tayorith, y le presentaron unas mantas y otras cosas de la tierra. El capitán los recibió amorosamente y les dió por respuesta, que dijesen á su señor que ellos venían en nombre de un poderoso rey á asentar paces y amistad con ellos, y que no era su venida á molestarlos, con lo cual se volvieron los embajadores de Xonacatl y le dieron la respuesta que el capitán español les había dado, con que asegurado el cacique y los suyos, que en aquella ocasión asistían en un pueblo llamado Atztatlán que quiere decir "lugar de garzas," el cual era de tan numeroso gentío, que estando el principal del pueblo junto á un estero, se extendía la población por distancia de casi media legua castellana, y era tanta la gente, que parecía un hormiguero; y hoy cuando esto se escribe, apenas hay veinte vecinos.

No obstante la respuesta que llevaron los embajadores, el cacique y demás principales estuvieron cuidadosos hasta ver en lo que paraba la venida de los españoles que estaban en Tepic, y al cabo de los tres días, pidieron á la señora cacica les diese licencia para irse. Ella dijo que le pesaba de su ida, y que pues era forzosa, no la olvidasen, y el capitán le respondió que de Colima le enviaría sacerdotes que les enseñase la doctrina, y dejaron un indio de los que había enseñado el padre Fray Pedro de Gante, gran cantor; en el entre tanto, despedidos ya de la señora, la dejaron con harto llanto á ella y á sus vasallos por su ida, habiéndoles rogado que no se alejasen de su pueblo, y aquel día fueron á una legua de allí á dormir á

un pueblo de quinientos indios, que se llamaba Tzapotiltic, sujeto de aquella señora, y allí les trataron bien y les sirvieron por su mandado; allí se trató si irían adelante ó volverían atrás, y se concluyó que se diesen priesa, porque para pascua de la cuaresma en que estaban, habían de estar en Colima; de allí fueron á Qualactempa, que ahora (ES) Guaristemba. El capitán iba disgustado con todos sus soldados y ellos con él, y la causa era porque nunca tomaba consejo de los caballeros y gente principal que iban en el ejército, sino de la gente plebeya, y así los principales sufrían y pasaban por ser su capitán y deudo del marqués, y que era fuerza volver con él, considerando que presto se le habían de acabar aquellos bríos, quedándose en Colima hecho pobre soldado; y era tanta la soberbia que había tomado, que si le durara mucho la guerra y el mando, le dejaran.

En Guaristemba fueron bien recibidos, y habría mil hombres en aquel pueblo, pues se tomó la posesión por su majestad, y habiendo sabido los indios de tierra caliente que había llegado, fueron á verle, particularmente los de Tzapotzingo, á los cuales guiaba Pantecatli; y allí estuvieron en Guaristemba seis días, y fueron avisados los españoles no pasasen á Tzenticpac, que era una provincia con gente de guerra sin número, y el río en medio; dejáronlo y tomaron la costa en mano sobre mano izquierda y en desembocando el río de Toluca en el mar, y de allí fueron á Mecatlán, pueblos grandísimos, y dieron en el valle de Jalpa y pueblo de Chacala, y hallaron en este pueblo y valle, más de cuarenta mil hombres, y los regalaron mucho, y para más mostrar su afecto, les pusieron en un patio un montón de pescado de la mar, tan grande, que puestos al derredor de él á caballo, y con las lanzas en las manos, no se vían los de un lado á los del otro. Tomóse la posesión por Colima y por la Nueva España, y los españoles los regalaron y dejaron muy de paz, y les dieron imágenes y cruces, y dejaron indios donados de N. P. San Francisco, que les enseñasen, como lo hacían en todas las cabeceras discípulos de dicho padre Fray Pedro de Gante, y recibieron las imágenes con mucho amor y devo-

ción, porque fueron estas gentes de las mejores que se descubrieran en la Nueva España, en cuanto á la paz y devoción con que recibían la doctrina cristiana, y los indios maestros y cantores, como bien enseñados del santo padre Fray Pedro de Gante, los industriaron en la forma que habían de celebrar el santo bautismo, así con los niños como con los adultos, en caso que lo pidiese la necesidad.

Una mañana, ya que amanecía y alboreaba, les cupo la vela á Diego García de Colio y á Juan de Villagomez, y habiendo visto tres islas á quien llamaron las Marías, dieron voces "¡Tierra! ¡Tierra! Islas en la mar, señor Capitán," y oyendo estas palabras, se enojó de que le diesen razón del descubrimiento de nuevas tierras, y les dijo que callasen, y se le atribuyó á cobardía y hombre de poco ánimo y que no quería ser más de lo que era y después fué, porque si fuera otro, aunque Hernando Cortés le había mandado salir, no saliera, y más habiendo hallado la tierra tan de paz y tan buena de ganar; pero como tenía ojeada á Etzatlán, por estar cerca de Colima, no vía la hora de dar la vuelta, y así fueron para el Valle de Banderas; y habiendo subido á las cumbres de una cuesta, descubrieron un pueblo de más de veinte mil indios, habiendo caminado aquel día seis leguas mortales, bien cansados y con mucho calor, por ser la costa, y aquella noche estuvieron con mucho cuidado, porque habiéndolos sentido los indios de por allí, los iban á reconocer y á saber que gente eran, entendiendo los nuestros que iban á dar sobre ellos, y salieron á donde estaban unos indios escondidos en una barranca, y serían casi cien hombres de guerra, y allí escaramucearon con ellos, los desbarataron y prendieron casi diez de ellos, y los halagaron y aprisionaron para llevarlos por guía.